

ESTADOS UNIDOS, SU «ANTICOLONIALISMO» Y TUNEZ

EN uno de sus cuentos filosóficos, decía Jacques Bainville, citando a Homero, que las ideas eran enviadas cada día a los hombres por Zeus, y que tal era el motivo de que variaran como el tiempo. Homero no estaba en lo cierto. En realidad, los hombres tienen un limitado repertorio de ideas, matizadas por la contingencia del momento, como suelen tener pocos, aunque muy fijos intereses, que en amplia medida son la justificación de las diversas actitudes y palabras de los hombres, por muy contradictorias que se presenten a primera vista. Lo que de modo natural sucede en el orden individual, es también regla válida en el plano superior de la política, donde la acción, acaso más que por ideas, es determinada por intereses. Por ello no hay que dejarse llamar a engaño ante el espectáculo de unas variaciones que llevan a los políticos del extremo de la ingenuidad al cinismo, y de la generosidad al más exasperado egoísmo. Sólo son esfuerzos para ajustar el permanente y rígido fundamento de la acción, cual es el interés, a la flúida y móvil realidad externa. Si en la política moderna este esfuerzo de ajuste se presenta con perfiles más brutales que en generaciones anteriores, tal vez haya que achacar primordialmente el hecho a que la convicción —factor de tipo ético o intelectual, cuando no religioso, sublimador de la acción que determina— ha sido poco a poco sustituida en el mundo moderno por una íntima motivación de tipo preferentemente económico, aunque se vela con pudor esta sórdida faz de la acción política. Lo cual no impide que sea en primer término la economía la que justifica la línea de conducta seguida actualmente por las grandes potencias, sea cual fuere la ideología invocada. De suerte que en definitiva la política se ha convertido en tropa de choque de los imperativos de tipo económico, perdiendo con ello finura, elegancia y ese tono que tenía cuando era asunto de caballeros —es decir, de

hombres inscritos en una convicción— y no de economistas, que enfocan los problemas desde el punto de vista de la utilidad práctica.

Posiblemente, en razón de su peculiar estructura interna, este fenómeno de gravitación de la economía sobre la totalidad de la vida nacional se acusa con más vigor en Estados Unidos que en cualquier otra nación occidental, siendo ésta la que condiciona de modo muy particular la política internacional seguida desde la segunda guerra mundial, aunque también se haya dado esta circunstancia desde los albores de la gran y reciente nación norteamericana (1). Pero lo auténticamente histórico sólo en escasa medida interesa al objeto de este breve estudio. Por tanto, nos limitaremos a señalar como clara manifestación casi actual de esta trabazón de lo económico y de lo político con relación a lo internacional el programa de ayuda a Europa, conocido por el Plan Marshall.

Las finalidades declaradas y deducidas de este plan han sido tan ampliamente comentadas en lo que respecta a Europa que acaso pasó un poco inadvertido el aspecto de la ayuda a los territorios ultramarinos, que, sin embargo, era revelador de la conducta política que Estados Unidos había de seguir en cuanto a las colonias (2) después de la guerra; política conducente a no considerar a los territorios ultramarinos más que en función de las metrópolis, interesándose

(1) Aunque una de las razones que provocaron la desvinculación de las entonces colonias inglesas de América del Norte de su metrópoli fuera la reivindicación política de una representación en el Parlamento, el punto de vista colonial se fortaleció preferentemente con argumentos económicos ajenos a la evolución normal de un auténtico nacionalismo, cuales fueron la obligación de utilizar para su comercio barcos ingleses, la obligación de que el comercio colonial pasara por puertos ingleses y la prohibición de fomentar la industria. Estados Unidos nacieron, pues, de un choque de intereses contrapuestos.

(2) Los acuerdos bilaterales de cooperación económica suscritos entre Estados Unidos, Bélgica, Francia y el Reino Unido mencionan expresamente el aumento de la producción en los territorios no autónomos y la entrega a Estados Unidos de los productos de que carecen. Un fondo de desarrollo de los territorios ultramarinos, establecido para asegurar el desarrollo económico de los territorios de ultramar de los países participantes, totalizaba más de 65 millones de dólares en 1951; un sistema de préstamos de estos fondos ha sido creado entre tiempo con vistas al envío de técnicos americanos en los territorios no autónomos. En 31 de diciembre de 1950 existía un total previsto de 114 millones de dólares para los diferentes programas» («Les Études Americaines», *Cahier XXXIII*, 1952).

por su desarrollo en la mera medida en que podían fomentar el resurgir de la economía metropolitana, a la par que aseguraban la rentabilidad de las inversiones realizadas por el capital americano. O sea que, a pesar de su insistente postura «anticolonialista», que hacía el *pendant* de la proclamada por la U. R. S. S., los Estados Unidos al aplicar el Plan Marshall admitieron de hecho, aunque dijeran que no de derecho, la existencia y pervivencia de la situación en que se hallan ciertos pueblos, cuya existencia y desarrollo están condicionados por el pueblo de que dependen. Esta intención plasmó en los acuerdos bilaterales suscritos con los países beneficiarios del plan en junio-julio de 1948, que aparte de garantizar a los Estados Unidos el acceso a las materias primas de interés estratégico le permitieron iniciar prospecciones de gran envergadura (en particular en Rhodesia, Kenya, Marruecos, etc.). Luego de ello aparece puro juego malabar con las ideas apelar esporádicamente a un «anticolonialismo» verbal y perturbador, que promete mucho y no da nada, ya que las palabras están en contradicción con los actos, que por su parte se ajustan a la conveniencia.

En lo que respecta concretamente a Francia, enfocando la cuestión desde el ángulo del reconocimiento de hecho de su presencia en los territorios ultramarinos y Norte de Africa, la nación vecina al aplicarse el Plan Marshall señaló a la Administración americana el objetivo a perseguir de conversión de su déficit ultramarino en un superávit de alrededor de 200 millones de dólares, para lo cual sus territorios precisaban la aplicación del Plan. Tal opinión fué adoptada por los Estados Unidos, que en aquella época no tenían objetivos directos en los citados territorios franceses, a no ser los minerales de interés estratégico allí existentes. El *rapport* presentado en 1949 por la E. C. A. ante el Congreso subraya esta exclusiva preocupación, que implicaba una actitud de inhibición de hecho ante el gran problema colonial en sí y las aspiraciones independentistas alentadas en particular por el Presidente Roosevelt.

Prácticamente esta deserción del puesto de vanguardia del «anticolonialismo» de que hace gala Estados Unidos no chocó demasiado con los diversos sectores sociales cuyo conjunto constituye esa hidra de las cien cabezas denominada la opinión. Tal sucedió en parte porque la masa, es decir, los sectores no operantes efectivamente, siguió recibiendo su pasto habitual de «ideas» contra el nefasto colonialismo, en tanto que los estratos superiores de la nación, corres-

pondientes a los medios financieros, industriales y comerciales, no resultaban defraudados por una consideración práctica del asunto colonial, que abría amplias perspectivas de abastecimientos en materias primas y mercados para una gigantesca producción, que al terminarse la guerra había planteado el problema de la reconversión de la industria bélica en industria de paz bajo la amenaza de un formidable paro obrero. Por otra parte, la aceptación por Francia de los comunes principios democráticos contenidos en la Carta del Atlántico implicó la revisión de su política colonial, formulada en las recomendaciones de la Conferencia de Brazzaville de 1944. Sin embargo, una de las recomendaciones de la dicha Conferencia decía: «Los resultados obtenidos por Francia al civilizar sus colonias excluye toda idea de autonomía y toda posibilidad para las mismas de desenvolverse fuera del bloque francés.» Aunque la Conferencia en realidad sólo trató de determinados territorios del ex Imperio francés correspondientes al África negra, esta declaración era una clara definición de actitud general, harto precisa para no dejar grandes ni reales ilusiones a Estados Unidos en cuanto a la realización por cuenta de Francia de sus propósitos liberadores y democráticos. Así, pues, la apremiante solución de los problemas internos apuntados y la esperanza de una enmienda de la conducta gala hicieron que prácticamente el problema colonial quedara postergado en el grandioso programa oficial de reconstrucción de un mundo que, ¡ay!, no se deja reconstruir ni domeñar por la interpretación estadounidense de la democracia, en parte y paradójicamente porque el mundo dependiente se ha asimilado demasiado las fórmulas de la democracia, y que buena mente pide que le sean aplicadas.

Esta circunstancia, lo mismo que las modalidades peculiares del «anticolonialismo» americano, se ponen singularmente de manifiesto en un aspecto del problema colonial galo cual es el tunecino, que únicamente por situarse en primer plano de la actualidad se finge más agudo que otros.

Reteniendo de lo histórico sólo cuanto se relaciona directamente con el tema tratado, señalaremos que Estados Unidos más que una marcada influencia sobre el nacionalismo tunecino le ha impreso una orientación decisiva. En efecto, por su escaso contenido ideológico, el partido evolucionista Joven Tunecino, fundado en 1907 por el chej Zaalbi, inspirado por el partido Joven Turco, no resistió los embates de la primera guerra mundial. Pero en 1920 el chej Zaalbi crea

el partido liberal constitucional, o sea el Destur, de acuerdo con la línea ideológica trazada por Wilson, cuyas declaraciones sirvieron de base al nacionalismo de diversos países árabes y no específicamente árabes, y muy especialmente al de Túnez. La escisión en 1933 del partido del chej Zaalbi en Destur y neo Destur no implicó ni remotamente una modificación sustancial del esquema nacionalista, cuyos trazos principales coinciden con el pensamiento wilsoniano. En realidad las divergencias surgidas se refieren a la táctica y a la oportunidad y no a los objetivos perseguidos. Por ello aunque en el curso de los últimos años el *leader* del neo Destur, Habib Burquiba, en diversas ocasiones abandonara su actitud de oposición violenta a la presencia francesa en el suelo tunecino, en tanto que el jefe del Destur, Salah Fhrak, al margen de estas sutilezas tácticas, haya venido reclamando la retirada pura y simple de Francia, ello no insinúa un mayor o menor grado de aspiración a la independencia en los dos jefes políticos. Todo se resume a una apreciación distinta de la oportunidad a aprovechar para lograr el mismo fin. No obstante, la unanimidad de la opinión tunecina, no conseguida ni por el Destur ni por el neo Destur, púsose de manifiesto a raíz de la ocupación del territorio por las tropas aliadas. Y en este hecho, que modifica radicalmente al panorama político de Túnez, Estados Unidos tuvieron, si no arte, por lo menos parte. El «arte» quedó para el general Giraud, que destituyó a Muncef Bey bajo la acusación de colaboracionismo con los ocupantes del Eje, en violación del art. 3.º del sacrosanto Tratado del Bardo, de que Francia no cesa de reclamarse siempre que su aplicación favorece su tesis. La «parte» fué la aquiescencia del general Eisenhower a esta torpe manera de reanudar Francia su administración de la Regencia.

El malestar político producido por la destitución de Muncef Bey, la unanimidad del sentir tunecino ante el hecho y la aguda crisis económica originada por oleadas sucesivas de tropas ocupantes fueron los lastres que Francia hubo de arrastrar fatalmente al volver a Túnez. Por ello no es de sorprender que las reformas que el residente general Mast dió a conocer en febrero de 1945 fracasaran al pretender su aplicación a un pueblo desconcertado por las veleidades de una fortuna que, después de anular a sus protectores, se los devolvía de mano de una gran potencia que, como nación y como signataria de la Carta del Atlántico — fuertemente influida por su ideología, difundida por los órganos de la opinión pública —, volvía a procla-

mar el viejo principio wilsoniano de la libertad de los pueblos a disponer de sí mismos. Aunque las fórmulas eran nuevas, aparentemente encubrían el mismo ideal. Como confirmación de esta deducción se presentaron las actividades del cónsul americano en Túnez, hasta tal extremo favorables a los puntos de vista nacionalistas que el Comité de Liberación Nacional exigió en 1944 al Departamento de Estado que fuera relevado de su cargo. Sin embargo, si la conducta del cónsul americano resultaba lógica dentro de la línea del «anticolonialismo» intelectual profesado por Estados Unidos, resultaba aventurado deducir de la misma conclusiones relacionadas *a priori* con la actitud definitiva de un Departamento de Estado obligado a buscar una fórmula de compromiso entre la «idea» representada por el «anticolonialismo» doctrinario, sentimental e intelectual —del que se había hecho el paladín el cónsul americano en Túnez— y los intereses representados con igual vigor por los Departamentos del Ejército y la Marina (3) y los sectores financieros, económicos e industriales, menos inclinados al eventual perjuicio causado por la «idea» llevada a la práctica, aunque dispuestos a rasgarse las vestiduras ante el «colonialismo» galo, denunciado por Habib Burquiba en ocasión del viaje efectuado a Estados Unidos en 1947.

No era este el primer contacto tenido por el *leader* del neo Destur con los Estados Unidos. Anteriormente a su viaje ya había entablado relaciones con la Comisión americana enviada al Oriente Medio para hacer una encuesta sobre Palestina. La acogida dispensada debió de parecerle favorable, puesto que sin rodeos habló «de la intransigencia obstinada de la nueva Francia, que ha heredado la vieja política de administración directa y de represión». Sin embargo, parte del nacionalismo norteafricano —concretamente el argelino, desilusionado por la actitud de eventual apoyo a Francia en ocasión de los luctuosos sucesos de mayo de 1945— le puso sobre aviso respecto a la escasa eficacia práctica de unos esfuerzos tendentes a contar con el tanto americano para lograr la libertad de Túnez. Mas en

(3) Con anterioridad a la Conferencia de San Francisco, en contra del parecer del Departamento de Estado, el Ejército y la Marina sustentaban la tesis de la apropiación de bases, que evidentemente es fórmula muy elástica que había de permitir la ampliación del derecho de apropiación en razón directa del crecimiento del peligro entrañado en la situación internacional, según José María Cordero Torres en *La evolución de la personalidad internacional de los países dependientes*, Madrid, 1951.

aquella época el crédito americano se sostenía en Túnez, tan cierto es que nadie escarmienta en cabeza ajena. Por lo demás, la acogida dispensada a Habib Burquiba fué de naturaleza a mantener en pie sus ilusiones, pues sobre el lógico apoyo que le prestó la agencia de la Liga Arabe hay que señalar el del Instituto Americano de Asuntos Arabes, que le preparó diversas entrevistas con personalidades estadounidenses y finalmente con Dean Acheson. Las declaraciones que Habib Burquiba hace a la prensa en aquella época reflejan a las claras cuán grandes son las esperanzas concebidas respecto a la libertad de su patria con el apoyo americano, precisamente por el tono de firmeza retadora con que se dirige a Francia. Por tanto, todo daba a entender que llegado el caso de la discusión del asunto de Túnez en la O. N. U., las reivindicaciones nacionalistas contarían con la aprobación de Wáshington. Cierto es que el Departamento de Estado desmintió esta suposición, lanzada como noticia por las agencias de prensa. Pero una gran esperanza echa tan hondas raíces que cuesta mucho trabajo a la mente desprenderse de ella para encariarse con la realidad. Y la realidad a finales de 1947 era que desde octubre la Liga Arabe empezó a verse absorbida por las preocupaciones derivadas de la cuestión de Palestina; que los Estados Unidos habían iniciado una reacción anticomunista, de cuyas premisas Trygve Lie se había preocupado en los debates de marzo en Lake Success, y finalmente que la crisis que amenazaba la economía americana estaba a punto de resolverse merced al llamado Plan Marshall, hechos éstos que habían de condicionar decisivamente la política internacional de Wáshington. Dado el caso de que el problema de Túnez, como el de los demás territorios dependientes, había pasado desde la segunda guerra mundial del ámbito de lo metropolitano al internacional, puede deducirse del planteamiento de la situación mundial que en adelante la cuestión tunecina sólo había de ser considerada en función de los dos factores señalados. Dicho en otros términos, Túnez, como el resto del mundo dependiente, iba a ser acaso objeto de la política internacional americana, pero no sujeto de la misma.

Muy significativa a este respecto fué la actitud de Estados Unidos en los debates de la O. N. U. de noviembre de 1947, en que fué aprobada la propuesta rusa de que los países con dependencias informaran acerca de la participación de las poblaciones indígenas en su administración. En efecto, Estados Unidos se sumó a la natural

negativa de los países coloniales so pretexto de que la propuesta soviética constituía «un ataque a las disposiciones de la Carta», siendo la razón verdadera de esta actitud el deseo de ayudar a mantener el *statu quo*, considerando el valor estratégico del Africa Media (Marruecos, Argelia, Túnez, Libia y la mayor parte de Egipto), a que Truman había aludido en 1946, al mismo tiempo que se había referido a los recursos naturales y a las comunicaciones de esta región. En resumen, independientemente de la buena acogida dispensada a las reivindicaciones tunecinas, que polarizaron las simpatías del «anti-colonialismo» doctrinario de Estados Unidos, estaba estructurado un tinglado de política internacional supeditado a consideraciones militares e intereses que la determinaban. La aplicación del Plan Marshall y los acuerdos bilaterales suscritos con Francia y con los demás países beneficiarios iban a definir más claramente aún la postura americana. En efecto, dichos acuerdos habían de permitir a las sociedades estadounidenses tener acceso a la explotación de los recursos de la Unión Francesa «en condiciones equivalentes a aquellas de que gozan los súbditos franceses». En lo que a Túnez atañe, después del caos provocado por la guerra, de toda evidencia era Estados Unidos la única potencia que estuviera en condiciones de promover una reanudación de la actividad económica y posteriormente equipar el país con vistas a una explotación sistemática de sus riquezas mineras, y en particular de los yacimientos de fosfatos, que por no ser forzosamente propiedades domaniales, cual sucede con las minas, pueden ser adquiridas por sociedades privadas. Por lo demás, las preocupaciones petrolíferas de Estados Unidos engranaron con la creación en Túnez del Sindicato de Estudios y de Investigaciones Petrolíferas (S. E. R. E. P. T.) —especie de rama del plan Monnet—, ya que el Sindicato en cuestión admite la participación extranjera. Como son Estados Unidos quienes detentan los créditos, el material de prospección y el personal técnico requerido para esas investigaciones, en tanto que Francia dispone prácticamente del suelo, he aquí un ejemplo típico de la colaboración francoamericana según la letra de los acuerdos suscritos. Añadiremos que la colaboración también responde al espíritu íntimo que los anima, o sea el propósito americano de estar presente en el Norte de Africa, para mayor comodidad, utilizando la presencia francesa a fin de que eventualmente el nacionalismo desfogue contra ella sus iras, como ha resultado ser en diversas ocasiones. Por ello puede afirmarse que Estados Unidos ha se-

guido atentamente todos los planes africanistas de Francia. en particular en la Conferencia norteafricana que tuvo lugar en París a principios de 1948, y que siempre ha estudiado la ampliación a todo el continente africano del plan Stettinius, establecido para la explotación de Liberia mediante una sociedad comercial. El llamado punto IV de Truman, enunciado en el discurso de 20 de enero de 1949, procede directamente del desarrollo del citado plan Stettinius y de los esfuerzos inconexos, pero tendentes al mismo objetivo, de diversos grupos americanos desde el final de la guerra, preveyéndose su aplicación en lo que se refiere a Africa como consecuencia de un acuerdo entre Estados Unidos, Inglaterra y Francia para el «desarrollo político de los pueblos de Africa y el logro de mejores condiciones económicas y sociales». Todo ello, naturalmente, dentro del deseo americano de colaborar estrechamente con los países africanos. De que Estados Unidos entendió que esta «estrecha colaboración» se llevaría a efecto a través de las potencias metropolitanas es hecho que resulta superfluo subrayar, aun cuando prácticamente no ha empezado a aplicarse el punto IV al Africa del Norte, donde el nacionalismo resulta ser un factor que aconseja mantenerse a la expectativa. No obstante, la dificultad, o mejor dicho, la imposibilidad de mantenerse en una teórica equidistancia de las reivindicaciones nacionalistas y de la defensa tenaz de los intereses franceses, con la exclusiva preocupación de estar presente en una área estratégicamente importante y económicamente rentable, se puso de manifiesto no hace muchos meses con motivo del llamamiento hecho por Túnez a la O. N. U.

Llevar el caso de Túnez ante la O. N. U., con el apoyo de la Liga Arabe, ha sido desde 1947 el empeño y la esperanza del neo Destur y de su jefe, Habib Burquiba, así como de una masa que si no representa la mayoría absoluta del país al menos refleja la opinión general del pueblo tunecino, incluyendo al bey Al-Amin. Es más, con vistas a forzar la intervención de la O. N. U. en la cuestión de Túnez, en gran parte ha sido planeada y llevada a cabo la violenta agitación que ha perturbado y aún perturba la Regencia desde principios del año en curso, en particular. En realidad lo que determinó su fecha de iniciación fué la inoportuna nota dada el 15 de diciembre por el Quai d'Orsay después del fracaso de las gestiones tendentes a las reformas, que llevaron a París al entonces Jefe del Gobierno tunecino, Mohammed Chenik, si bien todo hace presumir que de todas formas hubiera tenido lugar de no conseguir Túnez

satisfacción para la totalidad de sus reivindicaciones. La ruptura oficial de las negociaciones y la agitación que siguió a la misma brindó a Habib Burquiba la ocasión de insistir en su viejo propósito: el recurso ante el Consejo de Seguridad para buscar una fórmula que fuera «conforme con los principios y fines de la Carta». Apoyada la inclusión de la cuestión tunecina en la orden del día por China nacionalista, Pakistán, Brasil, Chile y la Unión Soviética, ésta fué rechazada el 15 de abril de 1952 por los votos en contra de Francia y Gran Bretaña y la abstención de Grecia, Países Bajos, Turquía y Estados Unidos. Merced al «abstencionismo», que en este caso como en tantos otros fué una fórmula hipócrita de solapada ayuda, triunfó la tesis francesa de que la petición de Túnez no podía ser retenida, por no haber seguido la tramitación regular de pasar por el ministro de Asuntos Exteriores y haber recibido la aprobación del bey. Como resulta ser, según los tratados, esos «intocables» que regulan las relaciones de Francia y Túnez, que el ministro de Asuntos Exteriores de la Regencia es el propio residente francés y que el bey —bien se vió en ocasión de la destitución de Mohammed Chenik y creación del Gobierno Baccuch— sólo goza de una soberanía sumamente teórica, aparece como una clara violación de la Carta en su letra (4) y en su espíritu la no consideración por el Consejo de Seguridad de la cuestión tunecina. Significa, por otra parte, una confirmación de la actitud expectante de los Estados Unidos en lo que atañe a las luchas francotunecinas, aunque de vigilancia en lo que respecta a las bases estratégicas y a los intereses económicos. Es decir, que entre los motivos que expliquen la política americana en la cuestión de Túnez no aparece nada que sugiera la voluntad de llevar a la práctica las «ideas» de un «anticolonialismo» que se limita a librar batallas de prensa y a nutrirse de manifestaciones verbales de simpatía entristecida. Perturbadora y estéril simpatía, molesta para el amor propio galo, al que no deja de irritar el zumbido de la abeja, que al fin y al cabo labora en su favor. El mal humor impacientado de Francia aprovechó la oportunidad de la Convención de Paz con

(4) «Un Estado que no es miembro de las Naciones Unidas podrá someter a la atención del Consejo de Seguridad o de la Asamblea general toda controversia en que sea parte si acepta de antemano, en lo relativo a la controversia, las obligaciones de arreglo pacífico establecidas en esta Carta» (artículo 35, párrafo 2.º).

la Alemania occidental —hecha a sus espaldas y en contar de sus propósitos— para pedir tanto a Estados Unidos como a Inglaterra un apoyo más firme para su política norteafricana. O sea que la de-
jaran actuar sin molestarla con impertinencias que sobre herirla fo-
mentan estérilmente la agitación, por muy cierto que resulte el dicho
de que «perro que ladra no muerde», en particular si se tiene en
cuenta que los «ladridos», o sea la ideología «anticolonialista», sólo
tienen la continuidad requerida para una verdadera línea de pen-
samiento en un sector escasamente operante de la política norte-
americana, por muy nutrido que numéricamente resultase éste. A
estas alturas es ya un tópicó señalar la división de las naciones en
«país legal» y «país real». Y que no nos turbe la visión exacta de los
países la palabra democracia, tan prodigada en nuestros días, que fun-
damentalmente y en buena lógica implica que el Gobierno de ese país
no es sino la emanación y expresión de la voluntad del pueblo. En
la práctica, por encima del mandato concedido a tal o cual político,
a tal o cual partido, permanecen a salvo de los vaivenes del sufragio
esos intereses a que ya nos hemos referido, que tienen un peso tan
decidido en la política interior y exterior pese a las «ideas» enviadas
cada día por Zeus, expresadas en los sufragios emitidos por la vo-
luntad popular en cada elección. Estos intereses, semejantes a la es-
tructura ósea del cuerpo humano, que no se altera con la gordura o
el enflaquecimiento del individuo, nos hace pensar en lo que atañe
a Túnez que la partida que se viene jugando allí, y que entró en
una nueva fase al ser presentado el asunto ante el Consejo de Segu-
ridad, sigue siendo algo que por ahora se desarrolla al margen de la
voluntad de intervención de Wáshington. Ello a pesar del llamamien-
to que en mayo hicieron los norteafricanos al Consejo de Seguridad
para evitar las «repesalias francesas» de que suponían serían vícti-
mas los promotores y auxiliares de la agitación tunecina. La «traición»
de Francia a las promesas hechas al Consejo de Seguridad en abril,
como decía la nota, no nos parece de naturaleza a alterar el rumbo
de este aspecto parcial de la política exterior de Wáshington. De
hecho Estados Unidos se mantiene a la expectativa en la pugna en-
tre el poder francés y el bey, con vistas a la implantación de un nue-
vo programa de reformas establecido por M. Schuman, por la sen-
cilla razón de que hasta ahora estos acontecimientos no parecen afec-
tar los objetivos perseguidos por Norteamérica en ese sector bien
definido del Africa del Norte, es decir, las garantías para su expan-

sión económica y las facilidades relativas a las bases estratégicas. Luego si por añadidura se pudiera obtener que Francia diera satisfacciones a Túnez, es de toda evidencia que el «país legal» se sumaría al alborozo del sector ideológico. Pero si para conseguir tal hubiera de peligrar en lo más mínimo la posición lograda y la *fellowship* oficial con Francia, Estados Unidos no haría nada en el orden práctico, orden al que no pertenecen las indicaciones más o menos directas y molestas, ante las que, por supuesto, no deja de reaccionar vivamente nuestra vecina, que sin ambages da a entender que sólo y exclusivamente ayuda económica desea de Estados Unidos, llegando a amenazar a su poderoso acreedor con retirarse de Indochina si éste lleva a ejecución la reducción de esa ayuda.

Por tanto, se nos aparece que sólo de modo indirecto se puede vislumbrar un cambio de la política efectiva de los Estados Unidos en el aspecto «anticolonialista» en lo concerniente a Francia. Nos referimos a la negativa de conceder un suplemento de ayuda militar solicitado por Francia, según se dió a conocer a raíz de la entrevista entre el secretario del Ejército americano, Frank Pace, y el ministro de la Defensa francés, René Plevén, en el pasado mes de agosto. Ello, que afecta a Túnez por la tangente, es de trascendental importancia por implicar, aunque a plazo más o menos lejano, una revisión de la política exterior americana basada preferentemente en la defensa del continente europeo, y dentro de este continente en uno de los puntales de la idea de Europa, sea Francia. En el teatro de la política exterior norteamericana, al sufrir una modificación el papel asignado a Francia es probable que también se modifique el concepto que Norteamérica ha venido aplicando a sus territorios ultramarinos, aunque este restablecimiento de peligrosa gimnasia se haga paulatinamente. Por ello es acaso acertada desde el punto de vista tunecino la actitud de pasividad, suavizada por un ligero ceder del bey Al-Amin, que por lo pronto está poniendo a prueba la paciencia del impaciente poder francés, en espera de que ésta sea lo bastante resistente como para llegar hasta la Asamblea general de otoño de la O. N. U. y sus deliberaciones, que son una esperanza de Túnez al haber sido incluída la cuestión en el orden del día con el apoyo del bloque árabe-asiático. Porque de hecho Francia pudo apuntarse un tanto al haber conseguido que el bey nombrara una Comisión de doce dirigentes políticos, religiosos e industriales para examinar las reformas propuestas por M. Schuman, cuya discusión en la Cámara fué pretexto de ataques

directos a la política seguida en Túnez por el ministro de Asuntos Exteriores. En efecto, tales reformas se presentaban como reflejo de las sugerencias de la Asamblea de Colonos, en parte inspirada por el general De Gaulle, y que no representa en modo alguno la opinión de ningún otro partido francés en el problema tunecino, cualquiera que sea el signo bajo el que actúa. Pero la victoria ha sido menguada si se observa, por una parte, que la Comisión que el bey Al-Amin accedió a nombrar no comprendía los miembros del Gobierno de imposición francesa Baccuch, por otra que esta Comisión ha rechazado el Plan de Reformas Schuman y, por fin, que el tiempo cambia las actitudes de los hombres al cambiar sus «ideas», en particular cuando nada impide suponer que un Túnez desligado de Francia no se hurtaría acaso en demasía a la protección americana en los aspectos por los Estados Unidos se interesan, con Francia o sin ella, por el territorio tunecino.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

